El Madrid costumbrista de Francisco Umbral

Bénédicte de Buron-Brun
Université de Pau et des Pays de l'Adour

Francisco Umbral dedica su primer ensayo, piedra angular de toda una vida dedicada a la literatura, a Mariano José de Larra en 1965[1]. Para él, «el costumbrismo no es sino una primera literatura y un primer arte social [...] Una primera manera de ver, de mirar, de descubrir al pueblo»[2]. Si reconoce, al igual que todos los literatos, que las dos grandes figuras del costumbrismo madrileño son Mesonero y Larra, establece una distinción radical entre ambos. De este modo, Mesonero «se queda en el mero costumbrismo complaciente, en un edén municipal»[3] mientras que Larra «hace costumbrismo crítico, intencionado, aunque no demagogia»[4]. Una oposición que destaca en su prólogo al libro de Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia*, cuando enfrenta costumbrismo y realismo para concluir que si se describe sin juzgar, es costumbrismo y si se juzga, entonces es crítica social[5].

Pero el fino crítico que ya es Umbral deja entrever, tras una irónica sentencia, otra preocupación más personal. Para él «Mesonero es hoy una estatua de jardín madrileño, en tanto que Larra sigue vivo, andando

1 - En 1965, Francisco Umbral publica sus tres primeros libros: un libro de cuentos, *Tamouré* (Madrid, Editora Nacional); una novela corta, *Balada de gamberros* (Madrid, Alfaguara) y un ensayo, *Larra. Anatomía de un dandy* (Madrid, Alfaguara).

2 - Umbral, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación, Visor Libros, 1999, p. 45.

3 - *Ibídem*, p. 46.

4 - *Ibídem*.

5 - Díaz-Cañabate, Antonio, *Historia de una tertulia*, [1953], Prólogo de Francisco Umbral, Madrid, Selecciones Austral n°38, 1978.

por la calle, y quizá por eso no tiene estatua muy visible en Madrid»[6]. Apenas en los primeros pasos de su vida profesional, el joven periodista y escritor no podía aceptar su muerte literaria, incluso antes de marcar de su impronta el mundo que había venido a conquistar: Madrid, Villa y Corte. Además, su carácter rebelde, le inclina mucho más por un Larra con quien comparte la misma pasión: la libertad. Una libertad sin fronteras como la del país vecino, Francia. Hasta tal punto que en el siglo anterior le hubieran tildado de afrancesado como a Larra[7] por «[querer] a España muy libre antes que muy española y castiza»[8]. Ambos abogan por una visión europeísta y no encerrada en el acendrado españolismo que caracteriza los artículos de Antonio Flores[9].

Umbral no deja de denunciar esta posición autárquica que defiende la dictadura franquista para la cual el extranjero no es sino un nido de espías, el foco del mal, el núcleo de «la conspiración judeo-masónica» que quiere acabar con la virtuosa España[10]. Pero no sólo en las ideas liberales, opuestas a las de Antonio Flores, coincide Umbral con Larra, también la escritura los acerca aún más, entroncando directamente con la poética del siglo XVII[11]. Si entre los grandes maestros reivindicados por Umbral está Quevedo, tampoco podemos excluir que Larra le haya influido en algo más que en su dandismo dada la admiración que siente por él[12]. No obstante, si Umbral en su ensayo sobre Larra parte de la consideración general de que es costumbrista, poco a poco va demostrando que no lo es: «Larra cumple este expediente del costumbrismo documental, pero él, ya lo hemos dicho, no es un costumbrista. No solamente supera a Mesonero y Bretón, sino que se diferencia de ellos sideralmente en la trascendencia. Supuesta la trascendencia de Larra, convengamos en

6 - Umbral, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy, op. cit.*, p. 46.

7 - No olvidemos que el género costumbrista, lo toma Larra de la Ilustración francesa, la cual lo había copiado de la inglesa. Véase Martí Monterde, Antoni, *Poética del café*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 101-102.

8 - *Ibídem*, p. 52.

9 - Véase Rubio Cremades, Enrique, *Costumbrismo y folletín. Vida y obra de Antonio Flores*, vol. 1, Alicante, Publicaciones del Instituto de Estudios Alicantinos, 1977, p. 101.

10 - Duque, Justino F., catedrático emérito de Derecho Mercantil, Introducción, en Esteban Recio, Asunción, Calderón Medina, Inés, Rodríguez Serrador, Sofía, Salvador de Dios, Pancho [ed.], *Memoria de La Transición*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2010, p. 17.

11 - «Larra es un barroco que viene de Quevedo y Torres Villarroel». En Larra, Mariano José de, *Antología fugaz*, prólogo y selección de Francisco Umbral, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 9.

12 - Umbral, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy, op. cit.*, p. 69.

que el valor de sus aguafuertes de la actualidad inmediata corresponde a una creación literaria, descriptiva, situacional y de observación, verdaderamente quevedesca o cervantina»[13]. A lo que añade que también se aparta Larra de los costumbristas por el tono «un punto cruel, regocijado»[14], lo que le enlaza una vez más con los mejores prosistas de la picaresca: «Resuenan en su prosa el *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache*. El tono donoso de Cervantes y la escatología de Quevedo»[15].

Si insisto tanto en el ensayo umbraliano sobre Larra es que, a raíz de cierto éxito entre los especialistas, pasó a ser de lectura recomendada para los estudiantes y fue reeditada con fondos de la Consejería de Educación por la Comunidad de Madrid en 1999. Entonces, a la luz de una rica trayectoria de veinticinco años, los críticos no dudaron en poner de manifiesto que el Larra umbraliano se confundía mucho con el propio ensayista[16]. De ahí cabe sacar, a pesar de su obviedad[17], dos conclusiones relevantes: primero, una lectura de la obra completa de Umbral es imprescindible para calibrar toda la personalidad del escritor sin desdeñar su prosa de juventud, fuente original e hilo de Ariadna de un pensamiento que muy poco variará en lo esencial hasta su fallecimiento en 2007; segundo, es un escritor que se debe leer lentamente tal y como preconizaba Jakobson porque siempre ofrece varios niveles de lectura. Por lo tanto, al igual que le molesta que comparen parte de su obra con *Los episodios nacionales* de Galdós, un autor que no le gusta en absoluto, no hay que descartar que tema que le tachen de costumbrista por escribir en la línea de Larra. De ahí que recalque con fuerza el carácter no costumbrista del articulista[18]. En el fondo, acepta que se le emparente con la definición que él da sobre el costumbrismo de Larra, pero no que se le coteje con la visión pintoresca, colorista y consentida a lo Mesonero. Tanto en Larra como en Umbral la pluma es crítica, *engagée*, trascendental.

13 - *Ibídem*, p. 63.

14 - *Ibídem, p.* 64.

15 - *Ibídem.*

16 - «Todo biógrafo es biógrafo de sí mismo. Pero en otro nivel del tiempo histórico. Umbral es Larra sin chalecos vistosos, aunque con bufanda o foulard, [...]» Hierro, José, Prólogo, en Umbral, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy*, *op. cit.*, s.p.

17 - Desgraciadamente, la realidad es muy diferente: por una parte, hay quien piensa que con leer la crónica diaria ya se ha leído a Umbral y por otra parte, hay quien piensa que su obra es tan repetitiva que no hace falta leerla entera.

18 - Arremete una vez más contra este etiqueta en el prólogo a una antología –libro de encargo– que le dedica a Larra: Larra, Mariano José de, *Antología fugaz*, *op. cit.*, p. 27.

Ahora bien, Umbral no tiene una visión maniquea del mundo, al contrario, lucha contra esa concepción dual del bien y del mal, del blanco y del negro, de la virtud y del pecado, del cuerpo y del alma, que el nacionalcatolicismo impone a la sociedad española[19]. De tal modo que no se puede reducir su prosa, tal y como lo estigmatizan en Wikipedia[20], a un costumbrismo antiburgués. Aunque arremete contra la burguesía como muchos intelectuales de su tiempo, incluso de origen burgués –al igual que hizo Sartre– no le opone como modelos ni la clase popular ni la aristocracia. Más bien denuncia cualquier tendencia que le impida a la sociedad, en su globalidad, alcanzar los vientos de libertad que corren por Europa y que finalmente, se establezca la democracia en España. Y lo primero que critica es la incultura que afecta a todas las capas sociales. Toda la obra umbraliana insiste en la educación de las clases bajas para que comprendan la manipulación de la que son víctimas por parte de un Poder que ha encontrado un nuevo opio del pueblo en el fútbol y la televisión. Tampoco acepta la pasividad de la gente, incluso culta o semiculta, y nunca comprenderá a los pasotas –protagonistas de un movimiento que surge en estos años cruciales de la Transición– que en toda su literatura saldrán malparados.

Umbral no milita a favor de un partido político –nunca estuvo afiliado–, sino por la dignidad del hombre, lo que resulta inalcanzable sin libertad y sin cultura. Si batalla con las Autoridades, con las ideas conservadoras de la burguesía franquista y la especie de corte que se ha creado a su alrededor, no es sino para acabar con la univocidad y la uniformidad creadas por una censura omnipresente y todo tipo de coerciones que acallan la pluralidad y la diversidad. Para el escritor, más allá del mando y del poder económico está la cultura y para que ésta pueda desarrollarse, hace falta una total libertad de expresión. En este punto concuerdan plenamente Larra y Umbral, además de coincidir si no en el tiempo, sí en el espacio, en Madrid, la capital, eje central de la vida nacional donde está el Poder y desde donde se toman todas las decisiones.

Tras estos prolegómenos algo extensos pero sin los cuales es imposible contemplar la faceta costumbrista[21] en la literatura umbraliana, surge otro

19 - Las referencias umbralianas a este aspecto son muy numerosas. En particular analiza detenidamente la política educativa en *Carta abierta a una chica progre*, Madrid, Ediciones 99, 1973.

20 - Véase en Wikipedia la entrada «cuadro de costumbres».

21 - Es de sumo interés el esquema cronológico establecido por Varela; el cual nos permite ver

problema: ¿teniendo en cuenta la prodigalidad de la obra[22], en qué textos apoyarse para demostrar dichas facetas –que por sí solas merecerían una tesis– sin menoscabar la argumentación? La búsqueda me ha llevado a una colaboración para un libro colectivo sobre Madrid[23] de título muy evocador, «Costumbrismo»[24]. *El libro de Madrid*, publicado por una editorial ovetense en 1977, reúne a dieciocho autores y cada uno de ellos escribe sobre una temática específica[25] . Umbral nos ofrece veinte cuadros de costumbres del Madrid noctámbulo de los años 70. Firma este capítulo para *El libro de Madrid* en abril de 1975, pocos meses antes de que fallezca el Generalísimo y que se abra, tras un largo período de una censura férrea[26], una nueva era cultural, el llamado «destape» y la ola de erotismo que éste ocasionará. Madrid, como toda España, vive los últimos coletazos del régimen. Huelga decir entonces que la elección del Madrid nocturno como escenario es intencionado: la noche invita a la transgresión, una actitud y una hora obligadas para luchar contra un sistema represor.

Los veinte cuadros pueden dividirse en cuatro grupos. En primer lugar, los locales con o sin música, con restauración o sin ella: cafés, bares, tabernas, casas, mesones, clubes, pubes, salas de fiestas, discotecas, tablaos, cabarets... cuya descripción es el núcleo de los cuadros

cómo el género no se ha extinguido y pervive en los escritos umbralianos. Véase Varela, José Luis, *La palabra y la llama*, Madrid, Ed. Prensa Española, 1967, p. 89.

22 - Ciento veinte libros, centenares de prólogos y colaboraciones diversas y miles de artículos.

23 - *El libro de Madrid*, Oviedo, Ed. Naranco, 1977, 484 págs de gran tamaño, con ilustraciones y grabados.

24 - *Ibídem*, pp. 343-366. En adelante se indica la página entre paréntesis.

25 - Juan Antonio Cabezas encabeza la lista con una importante antología de textos sobre Madrid y siguen Francisco Hernández Pacheco («La prehistoria»), Enrique Pastor Mateos («La Fundación. Orígenes del Magerit árabe»), Federico Carlos Sainz de Robles («La Edad Media»), Julio Gómez de Salazar («Los Austrias»), Ramón Ezquerra («Los Borbones»), Ángel Verdasco («La industria y el comercio»), Federico Sopeña («Música»), Miguel Fisac («Arquitectura»), Ángel Oliveras Guart («Monumentos»), José de Castro Arinas («Arte»), Ramón Solís («Literatura»), Adolfo Prego («Teatro»), Luis Prados de la Plaza («Las comunicaciones urbanas»), Rafael Flórez («La Universidad»), Francisco Umbral («Costumbrismo»), José Altabella («El periodismo histórico») y Vicente Zabala («Toros»).

26 - Véase la *Ley de Prensa e Imprenta* ideada por Manuel Fraga Iribarne, ministro de *Información y Turismo* (1962-1969) y promulgada el 18 de marzo de 1966. Escritores, editorialistas y periodistas denunciaban regularmente el artículo 2 que estipulaba «el debido respeto a las Instituciones y a las personas en la crítica de la acción política y administrativa», «el respeto a la verdad y a la moral» y obediencia a «la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales». Es de sumo interés al respecto el libro de Eduardo Ruiz Bautista (coord.), *Tiempo de censura. La represión editorial durante el franquismo*, Gijón, Trea, 2008.

titulados: «Madrid de los 70» (c.1)[27], «El café de los hombres libres» (c. 2), «El club inglés» (c. 3), «Música amenazada» (c. 4), «Los Flamencos del Colmao y los nietos de Gardel» (c. 5), «Madrid, Madrid, Madrid»[28] (c. 6), «El avión club» (c.15), «La revista» (c.18). En segundo lugar, las profesiones: «El Travesti» (c.7), «Los podólogos» (c.8), «A la pintura» (c.19), «Decadencia de la gogó» (c.20). En tercer lugar, las novedades o la modernidad: «El destape masculino» (c.10), «Las experiencias prematrimoniales» (c.12), «La cultura grupal» (c.13), «La sauna» (c.14), «Elogio del *Latin Lover*» (c.16). Y en cuarto lugar, lo que intenta ocultar la gente o lo que la oculta a ella, lo que podríamos denominar las máscaras y los disfraces: «Los uniformes» (c.9), «Los escándalos» (c.11), «La nueva clase» (c.17).

Lo cierto es que de antemano habría que justificar esta clasificación puesto que ciertos cuadros se pueden considerar a caballo entre dos partes. En tales casos los he ordenado por el elemento predominante, como por ejemplo el quinto, «Los Flamencos del Colmao y los nietos de Gardel», en el que destaca más el lugar que las bailaoras y los cantantes. Asimismo, el «Elogio del *Latin Lover*», clasificado en el segundo grupo, casi se podría valorar como un oficio o «La nueva clase», en vez de figurar en el cuarto grupo, podría estar en el tercero. Además no nos dejemos engañar por los títulos que a menudo atesoran más de una incógnita y nos llevan por caminos muy sorprendentes porque, a pesar de lo que pudiéramos creer a primera vista, no se trata de artículos yuxtapuestos sin ton ni son. La lectura detenida deja entrever una armazón arquitectónica perfectamente diseñada y articulada de modo que los cuadros se encadenan con una gran coherencia. Los tres primeros cuadros nos guían por los cafés, clubes y mesones y están relacionados con el cuarto, que pone de relieve el papel de la música. Este, a su vez, enlaza con los cuadros cinco y seis, que versan sobre las fiestas, y desemboca en el cuadro siete, sobre el número del travesti. Y ahí cuando el encadenamiento ya parece imposible, Umbral saca una de sus prodigiosas armas: con una pirueta magistral declara que si no hay travesti en Madrid, la ciudad sí tiene podólogo (c. 8), pasando así, lo más naturalmente, de la vestimenta al calzado o, mejor dicho, a la falta de calzado, al pie, como si estuviera pintando un retrato de cuerpo entero. Luego vuelve a la ropa y a su contrario, la falta de

27 - El número indica el orden de aparición de cada cuadro de costumbre en el texto.
28 - Con una clara referencia a Agustín Lara de quien toma prestado el título.

ropa, lo cual ocasiona un escándalo (c. 9-10), y prosigue con todos los escándalos tapados o no que afectan a la sociedad biempensante (c. 11 a 14), mientras va avanzando entre polos opuestos, del grupo al individuo, de lo compartido a lo íntimo (c. 13-14). De nuevo, el lector se queda a la expectativa, cuando el rico sale de la sauna ya acicalado. Pero, para el escritor, el hombre que se cuida tanto no persigue más objetivo que el de ligar. Así, con otra pirueta el escritor vuelve a «El avión club» (c. 15), un local por conocer y para llevar a la conquistada. Si el cuadro catorce marca el clímax de la narración, con éste Umbral emprende el descenso hasta cerrar en un bucle. Los cafés y demás pubes, que sirven de lugar de reunión, permiten ligar (el Umbral mujeriego es de notoriedad pública) y charlar sobre las últimas películas que se han visto en Perpiñán (c. 16-17). La censura cinematográfica pretende mantener el orden, por lo que en España triunfa la revista, que es un espectáculo meticulosamente controlado (c. 18). La pintura, sin embargo, no tiene más remedio que refugiarse en la esfera de lo privado para sobrevivir (c. 19), al igual que la generación de los 40 y 50 años, decadente como las gogós y acosada por los serenos, no sabe adónde ir y vive atrapada por los (malos) tiempos que corren. ¡Ni siquiera la noche es ya lo que era! (c. 20)

El hilo conductor que mantiene el narrador a lo largo de este paseo nocturno, tal un «flâneur» baudelairiano cierra el bucle de este *spleen* madrileño[29]. El texto está perfectamente estructurado y nos permite observar cómo el escritor convierte unos simples cuadros de costumbres en un ensayo sociológico y político del tardofranquismo. Cabe subrayar la insistencia y la voluntad de Umbral de entroncar con la literatura reanudando con la tradición costumbrista de Larra. Si acaso el título de «Costumbrismo» no resultase lo suficientemente explícito, los dibujos y grabados que acompañan el texto no dejan resquicio a la duda. Por un lado, ilustran muy bien el concepto, a la vez que marcan unas referencias temporales y espaciales precisas, y por otro lado, contrastan violentamente con las declaraciones umbralianas sobre la situación madrileña del momento.

29 - Con una clara referencia (¿un homenaje?) al *Spleen de Paris* de Baudelaire, en 1972, Umbral publica una recopilación de artículos en un libro titulado *Spleen de Madrid*. En la segunda de cubierta se le califica de «fiel continuador de nuestros viejos escritores costumbristas». Luego cuando pase a *El País* (1976) iniciará una crónica diaria epónima que en parte se publicará en 1982 con el título de *Spleen de Madrid-2*. Sorprende la evolución de la escritura umbraliana en una década. Véanse Umbral, Francisco, *Spleen de Madrid*, Madrid, Organización Sala Editorial, 1972 y *Spleen de Madrid 2*, Barcelona, Destino, 1982.

El contraste surge desde las primeras líneas del texto cuando menciona la bohemia y la ceguera de Alejandro Sawa, el anarquismo de Pío Baroja y las mutilaciones que exhibían don Ricardo y Valle-Inclán. Asimismo las referencias a otros tiempos madrileños desvelan cierta nostalgia y simbolizan la representación mítica que tiene de la Villa: un Madrid bullicioso, duelístico y rebelde. Pero Madrid se ha vuelto el de las «cracias» (del griego «kratos» que significa «fuerza», «poder»: «tecnocracia», «burocracia», «aristocracia», «teocracia» –p. 344) que se recogen en casa a las diez y media de la noche. Sólo le resiste «una gavilla de gentes de luces», entre los que se encuentra el escritor. Por ello, se propone guiarnos por una ciudad que, de noche, se desvela «más libre, más pura y menos polucionada», a pesar del centinela que vela por el orden: el sereno quien, en la más pura tradición, no puede ser sino gallego[30], a imagen de Francisco Franco, *Caudillo por la gracia de Dios*, figura máxima del orden que vela por España.

Con pocas palabras, bien sopesadas, Umbral evoca el ambiente, esboza el escenario y en seguida va al grano: estas «gentes de luces», con una alusión evidente al Siglo de las Luces, salen de noche en busca de libertad. Son «hombres libres» como clama el segundo cuadro. El adjetivo, como ya lo iremos viendo, anuncia ya la noción clave en la que estriba todo el ensayo. Y esta libertad, la va buscando el escritor, como todos los recién llegados a un lugar, primero por los sitios míticos, marcados por el paso de las grandes figuras políticas, artísticas y literarias en particular: Casa Maxi, Casa Anselmo, Tienda de Vinos (El Comunista), Carmencita, El Saúco, Mesón de Paredes, Café Gijón, Lión, Cervecería Alemana, Café Quevedo, Café Comercial... a los que se van sumando otros más recientes: Oliver, Santa Bárbara, Carrousel, Paddington, Royal Bus, J&J, Picadilly, Zambra, Café de Chinitas, Las Brujas, Los Canasteros, Torres Bermejas, Pasapoga, El Cisne Negro, Folies, Lido, Morocco, Nueva Romana, Avión Club, Biombo, Ismael, Canotier, King, La Fontana, Lady Pepa, Patio de Reyes, Pequeño Teatro, Stéfanis...

Son lugares por donde merodean los recuerdos de Bergamín, María Cuadra, Lorca, Pedro de Répide, Emilio Carrère, Hemingway, Cela, Aldecoa, García Luengo, Mónica Randall, Pilar Velázquez, Buero Vallejo,

30 - El hecho de precisar el origen del sereno, cuando todos suelen ser gallegos o asturianos, llama la atención del lector, lo que le permite asociarlo a otro gallego oculto tras el personaje: el Generalísimo, representante del orden en España.

Fernán Gómez, Juan José Alonso Millán, Marisa Paredes, Serrat, El Cordobés, Víctor García, Addy Ventura, Quique Camoiras, la Pucha, Morucha, Lucero Tena, la Paquera, Dolor la Hebrea, Silda Legrand, Naima Cherky, Gogó Rojo, Vera Sanders, etc., un sinfín de escritores, dibujantes, actores, cantantes, cantaores y toreros que comparten el mismo espacio aunque pertenecen a épocas distintas. Esta reunión con personajes ilustres que traspasan los tiempos es una constante en la obra umbraliana y con ella da cuerpo a unas reflexiones subyacentes de corte filosófico en torno al ser y al tiempo[31].

De todos los locales mencionados Umbral destaca uno: el café. Desde los «mentideros» del siglo XVII (incluso podría remontarse a la anterior «botillería») hasta las más modernas cafeterías, el café, o mejor escrito con una C mayúscula –como lo escribía Ramón Gómez de la Serna para diferenciarlo de la bebida[32]– es una auténtica institución. Es un lugar entre privado y público que invita al diálogo, a la conversación[33], a las famosas tertulias; un sitio por donde corre todo tipo de rumores, se debaten las noticias pero también las ideas nuevas, subversivas, se critica al Poder, se desvelan polémicas, tensiones políticas e ideológicas y se va desarrollando un contrapoder. La definición dada en la *Encyclopédie* publicada en París en 1751 ya advierte que son lugares donde además de poder tomar café y otros licores, son «des manufactures d'esprit, tant bonnes que mauvaises»[34]. No obstante, para quien observa, el café es el ámbito donde se concentra toda la vida de la ciudad y donde mejor se percibe el ambiente. De tal perspicacia surge la idea literaria, y su

31 - Véanse las numerosas referencias a Heidegger, al concepto saliniano de la transrealidad o incluso a la simultaneidad de los tiempos que salpican toda su literatura.

32 - «La Academia de la Lengua no permite encabezar con mayúscula Café como tampoco Banco y por eso al citar con los mismos signos al Café como local y como bebida resulta que indistintamente entramos en una taza de café o nos bebemos un local con silla y toda clase de enseres, resultando que lo mismo que Banco siempre con minúscula parece un banco arruinado en una plaza pública. [...]Yo en rebeldía con la regla académica pongo mayúscula a Café [...]». En Gómez de la Serna, Ramón, *Pombo*, en *Obras completas*, T. II, Barcelona, Ed. AHR, 1957. En *Trilogía de Madrid* (Barcelona, Planeta, 1984, p. 27) Umbral atribuye la distinción a Marañón.

33 - Es interesante notar que el hecho de poder estar solo y en silencio en un café es un concepto bastante reciente como lo subraya Antoni Martí Monterde (*op. cit.*, pp. 303-304) quien lo toma de Richard Sennett, *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 2001, p. 478. Se sitúa a mediados del S. XIX y ve la luz en los clubs ingleses. No es casualidad que justamente Umbral titule, y le dedique, el cuadro 3, «El club inglés».

34 - *Encyclopédie*, Paris, 1751, vol. 1, p. 529.

ulterior fetichización, del café «como lugar donde la ciudad se piensa»[35]. Por eso son tan numerosos los periodistas y los escritores que los frecuentan[36] –incluso al margen de las tertulias puramente literarias– y tan abundantes los cafés en sus obras[37]. Si Larra, por ejemplo, le dedica el primer artículo de su primera publicación, *El Duende Satírico del Día*[38], el 26 de febrero de 1828, no resulta nada extraño, pues, que Umbral abra y cierre esta colaboración costumbrista con los cafés. Su café mítico y fetiche es, sin duda alguna, el Gijón y a él le dedicará una novela, al igual que su maestro Ramón Gómez de la Serna, quien publicó *Pombo* en 1918.

Con el tiempo, además del bar emblemático, había florecido una amplia gama de lugares de diversión y Umbral tan curioso como Larra[39] va indagando por los unos y los otros para pintar a sus parroquianos: bebedores de cañas, ron, whisky o vodka (pp. 345 y 347), cada uno con su preferencia y un sitio propio, personal, dentro del lugar: «barra con actores, mesas con poetas, teléfono con ligones, [...]» (p. 345); lo que pudieran parecer pequeños detalles pero que, de hecho, ponen de relieve un estatuto social y un fondo ideológico muy marcado.

A primera vista, la sociedad española calificada de «semiindustrial y cuasiavanzada» (p. 345) va cambiando y progresando aunque es de notar

35 - Véanse los estudios de Barthes, Roland, (en particular, «Semiología y urbanismo», [1967], *L'aventure sémiologique*, Paris, Le Seuil, 1985) y Sansot, Pierre, *Poétique de la ville*, [1996], Paris, Payot & Rivages, 2004.

36 - A modo de ejemplo umbraliano, véanse los ensayos que el escritor dedica a Ramón Gómez de la Serna (*Ramón y las vanguardias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978) y a César González Ruano (*La escritura perpetua*, Madrid, Fundación Cultural Mapfre Vida, 1989). Y véase la anécdota contada por Eugenio Montes: «César González Ruano fué invitado por el director del Parador de Gredos a pasar unos días allí con él. «Mira, allí están las lagunas, por allá la capra hispánica, allí tal monte, allí tal otro...». Ruano le interrumpe: «Muy bien, pero, bueno, ¿dónde están aquí los cafés?», en Díaz-Cañabate, Antonio, *Historia de una tertulia*, *op. cit.*, pp. 76-77. Pasa lo mismo en Francia, con los famosos cafés frecuentados por la Bohemia y de los que anteriormente habían sido asiduos Voltaire (Le Procope), Rousseau et Diderot (Café de la Régence), entre otros.

37 - Citemos, entre tantos, [el café] *Pombo* (1918) de Ramón Gómez de la Serna, [el] *Café de artistas* (1953) de Camilo José Cela, [*La noche que llegué al*] *Café Gijón* de Francisco Umbral (1977) o la importancia del Café Comercial en la obra de Aldecoa.

38 - Larra, Mariano José de, «El café», *El Duende Satírico del Día*, en *Fígaro*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 644.

39 - Recordemos que el artículo «El café» abre con estas palabras: «No sé en que consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, [...]». En Larra, Mariano José de, *Artículos de costumbres*, Barcelona, Bruguera, edición de Jerry L. Johnson, 1972, p. 61. Umbral en «Costumbrismo» reivindica la misma «natural curiosidad masculina», p. 357.

la ambigüedad de los prefijos que también pueden prefigurar cierta crítica. Aparentemente Madrid es una ciudad con bastante libertad: libertad musical (jazz, soul y pop; p. 346), de espectáculos (se ha estrenado *Hair*; p. 345), de reunión (agrupaciones teatrales y musicales; p. 357), de expresión (con «la prensa de la oposición consentida»; p. 353), de movimiento (turismo nacional, p. 345, extranjero, p. 346, y al extranjero, p. 362), de vestimenta («la pana y el ante progres» –p. 349– se codean con el traje de los ejecutivos, p. 360) y de peinado (melenudos y barbudos los hombres y con el pelo suelto las mujeres, pp. 357 y 345).

El progreso no sólo se nota en poder «mostrar el torso a lo Serrat» (p. 350), sino también en «los negros automovilistas» que circulan (p. 345), en los juegos de dinero (p. 347), en la higiene, así pues se enriquecen los dentistas y los podólogos (pp. 345 y 349), y en el deporte con «la gimnasia sueca, las paralelas, el levantamiento de pesas o los cinturones vibratorios» que se practican en la sauna (p. 360). Entre esa gente que presume de «progre» ha surgido una nueva burguesía (p. 350), gente que se siente libre, quizás sin serlo, como lo advierte Umbral (p. 346), gente muy fina quien ha sucumbido a cierto esnobismo, frecuenta los cócteles, habla en clave, es adicta a la moda y, para fardar, no le da miedo la extravagancia, hasta tal punto que puede llegar a combinar el uniforme que es «in» con un sombrero hongo o unas zapatillas de tenis, que presume de moderna por tener relaciones prematrimoniales varias veces a la semana incluso dentro del matrimonio y que, yendo a Francia, ha salvado la censura cinematográfica –que sufren «los madrileños de Madrid»– apuntándose a la llamada «escuela de Perpignan» (p. 363).

Esa nueva clase que se da aires de vivir en Europa ofrece una imagen idílica de España donde, para desgracia de los periodistas que siempre están al acecho de alguna exclusiva («la exclusiva de un ex en camiseta, cuando menos», p. 356), no despunta ni el más mínimo escándalo. Por lo tanto el escritor no puede sino concluir que los españoles son de una rectitud «racial»[40] (p. 348) y no tienen nada que ver con los inmigrados que traen a España todo lo malo, o sea la homosexualidad (p. 348), la «señorita venérea» (p. 345), los hippies (p. 345), la pornocultura («lo verde empieza en los Pirineos», p. 347) que desborda algo en Barcelona

40 - Con este adjetivo Umbral alude irónicamente al guión de la película, *Raza*, escrita por el Caudillo.

con la presencia del travesti, especie que felizmente no existe en Madrid (p. 347), la ciudad lumbre y decoro de España. Lo más típico de la Villa es el tablao que corresponde al desnudismo parisino (p. 346), informa muy serio el escritor y prosigue en *crescendo*. La democracia es piedra de escándalo como lo clama «la autoridad competente»[41] (p. 358), la cual apoya la censura pedida a gritos por los padres de familia (p. 348). Y Umbral remata la faena aseverando irónico: «A nuestro pueblo no le va la democracia, el travesti, la revolución ni la liberté» (p. 348).

Pero España para sobrevivir económicamente no ha tenido más remedio que abrir sus fronteras a los extranjeros y ahora, con miras al Mercado Común, tiene que redoblar los esfuerzos. Por lo tanto se apresuran en enjalbegar las casas y poner algunas florecitas para acoger a los turistas (p. 361). Si unos se conforman con ese cambio de fachada como la «burguesa mediopensionista de la liberté» (p. 349) que se deja engatusar por un simple macarra con uniforme de nazi, a Umbral, no le ciegan las apariencias y las modas. Empleando las mismas armas, la máscara y el disfraz, el escritor finge alabar los grandes avances sociales, económicos y políticos del país, cuando, en filigrana, arremete violentamente contra el sistema. Su prosa, pasada por el crisol artístico del humor y de la ironía, es de una eficacia tremenda y descubre la verdad al desnudo. Desmintiendo el refrán que reza que de noche todos los gatos son pardos, Umbral, de noche, saca las cosas claras: los españoles viven en una sociedad «pararepresiva» (p. 345); una sociedad de guardias, de «brigadas y brigadillas» (p. 345), de censuras y de prohibiciones: editorial (p. 344), cinematográfica (pp. 352 y 363), pornocultural (p. 366), teatral (pp. 366-367) o pictórica (p. 364).

Hay legiones de procesos, cada día sale un nuevo *affaire* (destape femenino en Santiago, p. 352; nudistas en Ibiza, p. 348) y la capital se ha convertido en «una ciudad-reducto» (p. 346) de un país anclado en el «Tercer Mundo» (p. 348) donde «los agrimensores éticos» (p. 365) castigan impunemente y, si bien se tolera «el sex-living», sólo se puede representar con actores debidamente vestidos (p. 348).

Por muy progresistas que quieran aparentar los españoles, su vida sentimental es muy arcaica y se resume a una vida sexual «con pijama y la luz apagada» (p. 353). Cierto es que la descripción umbraliana del

41 - Expresión típica de la dialéctica franquista que resonará hasta el 23-F cuando en 1981 tras asaltar a las Cortes, el teniente coronel Tejero declare mantenerse a la espera de las órdenes de «la autoridad competente».

físico español con «mucha carne macilenta y con varices» (p. 353) no da para mucho más. Ni siquiera las actrices «regordetas y cansinas» (p. 364) pueden competir con las hermosas, espigadas y alegres europeas. Eróticamente hablando sólo hubo una excepción: «la entrañable, derrengada y solrizada vicetiple autóctona» (p. 364) Sara Montiel. Más allá de una cuestión meramente estética –fundamental en la obra umbraliana– lo que le reprocha el escritor a la sociedad española es su hipocresía. No existen los escándalos porque se producen en privado o no se pueden publicar cuando son del dominio público (p. 353).

Los varones españoles tienen fama de seductores. Pueden ejercer de donjuanes y saciar sus apetitos gracias a una educación mucho más permisiva que la calderoniana que recibieron las *hembras,* término que entonces figuraba en la partida de nacimiento de las mujeres[42]. A ellas se las educa para ser unas castas esposas, pero los hermanos, los novios y los maridos gozan de una gran «libertad» sexual y pueden perderse en los brazos de una indecente «sueca» (so pretexto del ¡todo por la patria!) o de una de esas «damas del alma pecadora» (p. 347). Los hombres suelen llevar una doble vida asentada en la mentira hasta tal punto que se duda de cualquier excusa, como la de aquellos que dicen ir a por tabaco, «y quién sabe si sólo tabaco» (p. 347), comenta Umbral, impertinente.

Aunque muy dada a «las viejas morales de moralina» (p. 358) «la raza curialense» (p. 348), con la ayuda de las fuerzas del orden, vela por la moral y la rectitud de los ciudadanos y absuelve al *pater familias* que mantiene a la amante. No se priva el escritor de criticar con ironía esa doble moral al observar cómo el que gana dinero en los círculos de juego, lo invierte en moneditas de oro para la colección de su mujer o en pestañas postizas para la amante (p. 347), como si existieran dos vidas paralelas con una versión doméstica seria y otra más frívola. Al igual que la querida cautiva con sus pestañas postizas, el varón «pesca sirenas» con marcas exteriores de riqueza y cuanto más enjoyada mejor. Sin embargo, todo ese oro sólo logra ocultar momentáneamente un físico celulítico que intenta combatir con los masajes y demás tablas de gimnasia. Entre líneas la pluma umbraliana remite con mofa a otro refrán muy popular: no es oro todo lo que reluce. Otra sugerencia también aflora, porque

42 - Véase el papel de C. J. Cela para el cambio lingüístico de dicho término en el lenguaje administrativo. Cela, Camilo José, *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid, Espasa Calpe, 2001, p. 271.

¡quién sabe si, además de dichas prácticas sanitarias y salutíferas, no pasan otras cosas más pecaminosas en la sauna! Si la cultura del destape está al caer, hace mucho que el dinero les ha facilitado las fantasías eróticas a ciertos varones y bien lo sabe Umbral quien repara, y recalca mediante la repetición, en la blusa de la chica, al principio «vagamente desabotonada» y luego «desabotonadita» (p. 360), como si lo que pudiese juzgarse una negligencia trajera finalmente una satisfacción o denotara un favor subrayado textualmente por el diminutivo afectivo.

La «carne de señorita» (p. 353) no tiene comparación con el físico varonil de «carnes blancas», «músculo triste» y «muslo velludo», que nos dibuja con fuerza el adjetivo pospuesto y de connotación negativa como si cada nuevo impulso recayese a pique provocando la risa. La pintura imposibilita cualquier intento de destape masculino. La igualdad entre mujeres y hombres tendrá que esperar, mientras tanto las chicas emancipadas pueden acogerse a la incipiente «cultura grupal» que, de momento, se limita a los ámbitos teatrales y musicales ya que las comunas aún no han llegado a Madrid. Contrariamente a lo que pudiéramos imaginar, sus miembros masculinos son mucho más respetuosos (¿o timoratos?) que los viriles camioneros que no se andan con chiquitas como lo demuestra la anécdota que nos cuenta Umbral: «Un famoso grupo que iba de autostop le confió las hembras a un camionero, que en seguida quiso despachárselas a todas, antes de llegar a Madrid» (p. 358). Para el pueblo, una mujer liberada es una puta, ni más ni menos, y se debe tratar como tal dadas las necesidades fisiológicas del macho ibérico.

Paralelamente, el fenómeno le suscita al escritor una reflexión sobre si la alienación grupal sustituye a la alienación familiar (p. 358). La verdad es que, por más que parezcan cambiar las cosas, los fundamentos de la sociedad franquista establecida en los tres pilares, Dios-Patria-Familia, parece inquebrantable. La noción pecadora que envuelve al sexto mandamiento; la noción pecadora que supone «la civilización del ocio y la pornocultura» (p. 363) que incita a la gente a ver películas «en versión excomulgada» tras «una insólita peregrinación» (p. 352), o que la lleva a un restaurante contracultural, bautizado deliberadamente y con una voluntad pecaminosa «Virgo» (p. 357); la noción pecadora que merodea por las tinieblas que atraen a los noctámbulos por esa «Vía Láctea, Camino de otros Santiagos» (p. 347) entre «aguas musicales y más o menos pecadoras» (p. 345) o por «esas capillas de culto equívoco» (p. 347); esta noción pecadora, en la que hace hincapié Umbral mediante

un léxico religioso, invade sigilosamente todo el texto y traduce el peso de la religión en un país de confesión católica, apostólica y romana donde la noche se declina «en ochenta pecados veniales» (p. 345) para mejor recalcar los callados siete capitales. Umbral utiliza un lenguaje moralizador, culpabilizante y castigador que choca con la vitalidad, el color y la crudeza del habla popular[43]. Un lenguaje que recurre a las expresiones hechas[44], a voces argóticas[45] que no se anda con rodeos y llama al pan pan y al vino vino[46] y que cuidadosamente Umbral recoge de la calle o del café con sus incorrecciones incluidas: «El personal obrero es que lo lincharía, al tío, si les da el pego con su melena de Brigitte Bardot y luego que es varón» (p. 348). Además de incorporar peteneras (p. 347) o canciones (pp. 361 y 365) que dinamizan la prosa aportando mucha expresividad y cierta espontaneidad, introduce con maestría unos diálogos rebosantes de humor:

> «- El que hagamos experiencias prematrimoniales no quiere decir que pensemos en el matrimonio. Las hacemos y ya está.
> - Ah.
> - Es que los viejos, oye, no pensáis más que en el matrimonio. Ay, Paco, que estás muy "camp", amor. [...]
> El padre calderoniano y nicotinado esperaba a la hija, en pijama, a las cinco de la mañana:
> - La mato. Te juro que hoy es cuando la mato –le decía a la casta esposa.
> - Dagoberto, no te precipites, a lo mejor es sólo una experiencia prematrimonial – conciliaba ella» (p. 357).

La fuerza del lenguaje reside en su esencia y si se cambia el significado del grupo nominal «experiencias prematrimoniales», cuyo valor *stricto sensu* se calificaba de «atentado contra la moral» (p. 357), no quiere decir que la sociedad haya aceptado su nuevo contenido sino que, en este

43 - Para un estudio profundizado sobre el habla popular y en particular el habla de Madrid es imprescindible la lectura de Seco, Manuel, *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1970.

44 - Cf por ej.: «y si te he visto no me acuerdo» (p. 347), «Madrid ya no se casa ni se acuesta con nadie» (p. 344), «los años no perdonan macho» (p. 353), «a vivir, que son tres días, y dos en la mili» (p. 357).

45 - Cf por ej.: «en plena coña» (p. 353), «las gachises» (p. 349), «darse el lote» (p. 356), «ponerse las botas» (p. 356).

46 - Cf por ej.: «nos trae fritos» (p. 356), «troncharse» (p. 363), «ganar pasta» (p. 349), «en cuero vivos» (p. 352), «[va de] cachondeo» (p. 350), «a pelo» (p. 352).

caso, la palabra sirve de señuelo y permite inducir con engaño a la gente ignorante o inculta. De lo cual se deduce una necesidad imprescindible de información y de cultura pero también que la gente se abra a ellas. Por eso no acepta Umbral la pasividad de esos «estudiantes perezluginescos»[47], «sin afán contestatario» (p. 360). Asimismo critica a esos progresistas que se las dan de europeos y plagan de anglicismos[48] –y algunos galicismos[49]– sus conversaciones. El escritor se burla del esnobismo de esta nueva clase, que indica un desprecio cierto para con los demás, reproduciendo una (¿su?) pronunciación macarrónica: «[el pub] los más enterados dicen "la pab"» (p. 345), «el goulf stream» (p. 360), «ltis di cueschon» (p. 358).

Umbral reivindica un cambio auténtico y por más que se añadan palabras extranjeras o que se reemplacen los nombres de los oficios populares, en una especie de políticamente correcto *avant la lettre*, no es más que un trampantojo que únicamente puede engañar a las mentes cegatas. Que se pase de llamar al callista, podólogo, a los porteros, empleados de fincas urbanas, a las criadas, auxiliares del hogar (p. 349), la profesión sigue siendo la misma y no aporta ningún cambio a la relación vertical entre las diferentes clases sociales. La creación de neologismos no tiene sentido para lo que resulta ser un simple retoque. Por más que al «macarra, ligón, macho ibérico» se le llame en adelante «latin lover» (p. 361), por más que se cambie de aspecto, vista «el meyba de flores» y no se ponga un «arriba España de brillantina» como lo pinta humorísticamente el escritor, y por más que sea algo más culto por estudiar idiomas, se habrá quedado en lo mismo: un ser en libertad condicional.

Lo malo es que la gente, o se complace con lo que tiene, o no se da cuenta de la manipulación. Pero lo más grave de todo es que jugando entre los hechos y las apariencias, entre la verdad y la mentira, la palabra «libertad» ya no es más que una envoltura o una cáscara hueca que alberga la definición del vocablo «represión». Cuando a uno le llaman

47 - La referencia a Alejandro Pérez Lugín y a su libro *La casa de Troya* (1915), que recrea la vida universitaria en Santiago de Compostela, es un indicio más que recalca la voluntad del escritor de inscribirse en la vena costumbrista.

48 - Cf por ej.: «camp» (p. 357), «export-import» (p. 360), «flirts» (p. 356), «happening» (p. 350), «high life» (p. 349), «hippy» (p. 358), «in» (p. 358), «Madrid by nigth» [sic] (p. 349), «music-hall» (p. 366), «play-boy» (p. 353), «sex-living» (p. 348), «stablishment» [sic] (p. 358), «strip-tease» (p. 348), «teen-ager» (p. 352).

49 - Cf por ej.: «autostop» (p. 358), «boutique» (p. 350), «cassette» (p. 360), «cóctel» (p. 363), «liberté» (p. 348), «pilules» (p. 361).

fascista por ir vestido de lo más normal, con chaqueta y corbata, y que se admira a quienes llevan un uniforme de nazi, como lo ha observado Umbral (p. 350), es obvio que el país anda al revés. El escritor, que para las nuevas generaciones se ha vuelto «camp» (p. 357), es uno de los pocos en discernir las luces de las sombras en esas «horas de deshora» (p. 366) que aprecia tanto, cuando «la tiniebla se ha idealogizado y tiene algo de último reducto de la libertad condicional para quienes no viven a gusto el día lleno de premáticas y bandos municipales» (p. 347). La euforia del café como espacio de libertad, de información, de contestación o de conspiración se va desvaneciendo a lo largo del ensayo porque todo sigue atado y bien atado, controlado, silenciado, a pesar de las innovaciones que son el café-teatro y el café-periodismo. Condenada al fracaso cualquier iniciativa, no le queda a Umbral ni el menor rayo de esperanza de vivir la libertad a la luz del día.

Lo que distingue el Larra costumbrista del Umbral costumbrista es que éste, como lo precisa José Hierro, «se salvó del sentimiento trágico de la vida por medio del humor. [...] donde Larra dibujaba un retrato sombrío y amargo, Umbral traza sus rasgos caricaturizables»[50]. Caricaturas, como las que cuelgan de las paredes de J&J (p. 345), y que más que una mera decoración sirven de indicio preliminar para orientar al lector, a las que se van sumando los escorzos estilísticos que la prodigiosa pluma umbraliana perfila y anima en unas escenas a veces de gran comicidad. Y es cuando, a mi parecer, Umbral entronca con la literatura picaresca del siglo XVII y quevedesca en particular. Pero no habría que olvidar algo fundamental y es que, como lo destaca Pierre Schoentjes del libro de Kierkegaard, *Sobre el concepto de la ironía en constante referencia a Sócrates*, «la primera utilidad de la ironía reside en la libertad que proporciona a quien se sirve de ella»[51]. De ahí que en una sociedad represiva, el humor y la ironía, primero le permiten al escritor discurrir libremente sobre cualquier tema, y de hecho sentirse un hombre libre hasta fundir existencia y escritura en un mismo concepto como lo hizo el propio Umbral, y luego sirven «como arma de intervención en la realidad» como lo subraya Ignacio Fontes en su estudio sobre las revistas de humor y como lo corroboran numerosos periodistas. Si para Fontes *Por Favor* fue

50 - Hierro, José, Prólogo de Umbral, Francisco, *Larra. Anatomía de un dandy*, *op. cit.*, s. p.
51 - Schoentjes, Pierre, *Poétique de l'ironie*, Paris, Seuil, 2001, p. 262. La traducción es mía.

«un *Cambio 16* de la prensa de humor»[52], para Antonio Burgos «*Hermano Lobo* fue una especie de *Triunfo* en el exilio interior de la prohibición de Información y Turismo»[53].

Umbral en aquel entonces colabora[54] en *Hermano Lobo* y en *Por Favor* con futuros grandes nombres de la literatura y de la prensa: Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent, Juan Marsé y Maruja Torres. Además cabe señalar que comprobé que por lo menos tres de los veinte cuadros de costumbres se publicaron un año antes en la compilación de artículos titulada *Mis mujeres*[55]. El 20°, «Decadencia de la gogó», y el 12°, «Las experiencias prematrimoniales» son idénticos mientras que el 18°, «La revista», sufrió recortes (el primer párrafo y parte del segundo) en dicha versión. De momento no he podido averiguar en qué revista y en qué fecha salieron, pero el estilo es característico de estas revistas de humor.

De este modo, el hecho de presentarse como «un rojo resentido» (p. 347) le permite a Umbral citar «impunemente» a Neruda, ¡un comunista!, o a Cocteau, ¡un homosexual! (p. 353), o sea lo más odiado por el régimen franquista. ¿Pero quién puede temer, por muy homosexual y escandaloso que sea, a un maldito Oscar Wilde apodado de manera campechana (el cariño inicial se percibe como una ridiculez) «Tío Óscar»[56] (p. 360)? Con destreza Umbral aborda el tabú sexual combinándolo magistralmente con acontecimientos y personajes ilustres bendecidos por la Autoridad: «En cuanto a la cultura sexual del *latin lover*, algunos se han comprado libros de López Ibor, y con eso se van defendiendo, pero como en todos nuestros libros de educación sexual se habla siempre del matrimonio, de la esposa, de la unión conyugal, el *latin lover* no sabe muy bien si lo que vale científicamente para la vida sexual sana de la santa esposa puede valer igualmente para la finlandesa errante» (p. 363). De entrada, mentar al psiquiatra franquista Juan José López Ibor, autor de varios libros al respecto, le sirve de sésamo

52 - Fontes, Ignacio, *El humor como arma de intervención en la realidad: de La Codorniz a Por Favor y Muchas Gracias*, p. 548. <www.tebeosfera.com/1/Obra/Libro/Monografía/ElParlamento/2_HumorArmaIntervencion.pdf > (consultado a 22 de abril de 2011).

53 - Burgos, Antonio, «Chumy Chúmez, introductor de Menese en Madrid», *El Mundo de Andalucía*, 06-XII-1997.

54 - Umbral colabora en la época en numerosas revistas: *Interviú, Vida mundial, Destino, Triunfo, Por favor, Hermano lobo*. Además en 1976 deja *La Vanguardia* para *El País*.

55 - Umbral, Francisco, *Mis mujeres*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 273-278.

56 - Seudónimo que también adopta Umbral para firmar algunos artículos en *Hermano Lobo*.

y entonces se lanza en una frase larguísima como lo hiciera un hijo ante su padre que no sabe cómo decirle las cosas, diciéndolas sin decirlas. Se burla solapadamente de la figura paternalista del Caudillo que ensalzan en todos los manuales escolares. Para que la parodia sea perfecta, el escritor escoge las palabras con la minuciosidad de un dialectólogo, con el epíteto preciso, el adjetivo adecuado –y el juego de los antitéticos– («santa esposa»//«finlandesa errante») mimetizando los machacones discursos oficiales[57].

Asimismo el humor puede emprender otros caminos mediante las alusiones y la polisemia. En aquel entonces, Manolo Santana y Luis Ocaña son triunfantes deportistas y tanto el léxico del tenis como el del ciclismo se prestan al doble sentido. Además, la fama de seductor de Santana rebota en un Ocaña más discreto y ambos se convierten en ejemplos para el *latin lover* para que éste triunfe en Europa y «las otoñales de pamela blanca habl[e]n ya de él como de un Orantes-Perurena, como de un tenista ciclista que pedalea y juega las pelotas apasionadamente» (p. 363).

Si el desajuste entre el discurso serio y el discurso humorístico es el elemento clave del mecanismo, a veces el carácter contestatario y subversivo del humor se difumina detrás de la risa y se queda el lector (o el oyente) con la anécdota, la historieta y el cuento de la abuela. Pero de todos es sabido que los cuentos leídos durante la infancia cuentan al lector adulto una historia muy distinta y a esa nueva lectura de la vida nos invita Umbral con su cuadro de costumbres titulado «Los podólogos» que empieza y termina como un cuento: «Yo tenía un amigo podólogo, bajito, con el pelo rizado, cachondo y bailón, que me llevaba en su moto alborotando el Madrid by nigth [sic], cuando los podólogos todavía no se llamaban así, y eran simples callistas» (p. 349). Y termina el cuento con la moraleja de rigor: «La lectura de pies está de moda en la noche madrileña. Ahora es cuando mi amigo el podólogo podía haber ganado mucha pasta y haber cambiado su moto ligona y ruidosa por un descapotable. Pero el muchacho se me perdió para siempre, pequeñito y lujurioso, en una noche madrileña sin sueño» (p. 349).

Si la moda en Madrid es la lectura de pies, que ha suplantado a la lectura de las manos ya «camp», Umbral propugna simplemente la lectura de los

57 - Al respecto sería de gran interés un estudio lingüístico que cotejase la obra umbraliana con los discursos de las Autoridades franquistas.

libros y de la prensa, para que no se quede el español en la edad infantil y madure, para que se cultive la sociedad y con este fin tenga acceso a la información y a la cultura sin ningún tipo de censura y de manipulación. Esa misma inquietud que le empuja a la calle, al café con «el sueño de alejarse hacia el amanecer, de refugiarse en la hora rara buscando la libertad, la mayor desenvoltura informativa, artística, cultural. Un sueño» (p. 366). ¿Un sueño o «unas añoranzas futuristas»[58] a lo Larra?

Treinta y cinco años más tarde convendría preguntarse si la etiqueta de costumbrista que muchos críticos le han pegado a Umbral no ha ocultado el carácter ensayístico y la dimensión filosófica de su obra. Paradójicamente, su magistral manejo del humor y de la ironía quizás le haya perjudicado de cara al público, el cual guarda una imagen falsamente frívola por una lectura superficial y una crasa ignorancia o un olvido algo presto de las circunstancias orteguianas. En el fondo, es curioso constatar que una de las pocas cosas que no ha cambiado es el reparo, por no decir el desprecio, que ha despertado y despierta en muchos la palabra «costumbrista». Hace poco Mariano Ozores recordaba que cuando llegó el destape los intelectuales criticaban a los directores de cine por desnudar a las actrices «siempre y cuando lo exigía el guión»[59]: «Aquel cine era tremendamente criticado. Los intelectuales nos vapuleaban por desnudar a las chicas. [...] En la época se nos llamó costumbristas. Y era cierto: tratábamos de reflejar la sociedad en la que vivíamos. Pero nos lo decían con acritud, porque la izquierda nos tomaba por gente poco culta y la derecha, por gente un poco obscena»[60]. Enfrascarse en la lectura atenta y detenida de los miles y miles de folios que nos ha dejado Umbral, sigue siendo el mejor remedio a la ignorancia, descubriendo la España de la segunda mitad del siglo XX, pero también reflexionando sobre el ser y la existencia y sobre un concepto tan universal como lo es la libertad y que tantos países aún desconocen.

58 - Johnson, Jerry L., Estudio preliminar en Larra, Mariano José de, *Artículos de costumbres, op. cit.*, p. 47.

59 - Según las nuevas normas promulgadas en diciembre de 1975 por León Herrera, entonces ministro de Información del Gobierno de Carlos Arias Navarro.

60 - Ozores, Mariano, en Barba, David, *100 españoles y el sexo*, Barcelona, Mondadori, 2009, p. 38.